

# Decibeles de más, modales de menos

Yaima Puig Meneses

No imagino a mi Cuba atrapada en el silencio, privada de chillidos en cualquier esquina de un barrio; sin reparadores de colchones o amoladores de tijeras pregonando a los cuatro vientos; sin el bullicio de los niños que se esmeran para convertir el más insospechado espacio en área de juego; sin el repicar de la ficha de dominó sobre una mesa. Pero esos, mientras no se vuelven escándalo insoportable o irrespeto a las más elementales normas de convivencia, poco a poco se convierten en parte del ajeteo cotidiano que distingue muchas jornadas en los barrios.

Permítanme referirme entonces a ruidos de otros decibeles, aquellos que con demasiada frecuencia violan privacidades, irrumpen en las viviendas y perturban la tranquilidad de las familias. Ruidos ensordecedores, incontinentes, que proliferan como mala hierba, sin encontrar obstáculo alguno capaz de contenerlos.

Los ejemplos, aunque reiterados y comunes, surgen una y otra vez, y ante ellos uno termina por sentirse, a veces, impotente. En cualquier esquina aparece un baffle con la más variada y estridente música; bocinas a todo

reventar en guaguas, bicitaxis, automóviles y hasta teléfonos celulares, pueden ser capaces de transformar el más normal de los días en una increíble pesadilla; festejos escandalosos que obligan a ser “escuchados” por quienes no asisten a ellos; gritos desahogados en medio de la calle que muy poco dicen sobre la racionalidad del ser humano... grita el chofer del almendrán al motorista, el de la guagua al transeúnte que se atravesó adrede en su camino y así, la lista se me antoja interminable.

No describo nada nuevo, lo sé y aun así no puedo dejar de preguntarme ¿será que nos hemos ido acostumbrando a vivir entre gritos? ¿Y nuestros modales? ¿Y los modos de comportarnos en público? ¿Y el respeto a la privacidad ajena? ¿Y la decencia?

Pero el problema, lamentablemente, tampoco queda solo ahí: en las indisciplinas propias de la población, en normas de conducta enterradas, en chillidos inoportunos... La situación luce más fea cuando los propios establecimientos estatales se vuelven parte también de la contaminación sonora que invade nuestras jornadas.

Centros nocturnos con inadecuado aislamiento acústico; cafeterías u otro tipo de centro de

recreación en los bajos de edificios multifamiliares, pared con pared a cualquier vivienda, que obligan a los vecinos a convivir las 24 horas con las ensordecedoras “me lo días” —transformadas en castigo habitual para unos y en rutina insensible para otros— son algunos de los hechos más denunciados por nuestros medios de comunicación, pero muy bien sabemos que no los únicos.

Inmerso nuestro país en un amplio proceso de institucionalización a todos los niveles, también resulta vital emplear y actualizar con sistematicidad los instrumentos legales de que dispone para hacer frente a este tipo de indisciplinas. No obstante, inútiles serían todas las cuartillas de este mundo para escribir sobre el ruido y sus daños a la audición del ser humano, a las más elementales normas de conducta, si nos sigue dando igual que diariamente nos machaquen el oído porque sí, porque el vecino se compró unos baffles inmensos y quiere probarlos, o porque las autoridades encargadas de contenerlo andan ocupadas en tareas más “urgentes”.

El ruido, y no solo el que proviene del pitazo desmedido de algún carro, también asfixia la educación formal, el respeto, la capacidad de



escuchar —y de escucharnos—, todas cuestiones básicas para desterrar también la epidemia de vulgaridad que a ratos nos envuelve. Para luego se vuelve demasiado tarde si pretendemos que el resultado final de la ecuación se invierta y los modales sean cada vez más y los decibeles menos.

## Contextos

Madeline Sautié Rodríguez

De total importancia resulta en cada uno de nuestros actos la adecuación al contexto, ese espacio vital del que no puede escapar ninguna acción humana.

Desde el punto de vista lingüístico, el contexto es ese entorno del cual depende el sentido y valor de una palabra, frase o fragmento determinados. Así la expresión “tenemos química” no significará lo mismo si la dice una persona refiriéndose a su particular entendimiento con otra, que si esa misma frase es la respuesta de un estudiante al que se le ha preguntado por la asignatura que le corresponde recibir en ese instante.

Pero el contexto es también ese espacio físico o de situación, ya sea político, histórico, cultural o de cualquier otra índole, en el cual se considera un hecho. Todo, por tanto, ocurre dentro de esa condición real que no siempre identificamos, aun cuando resulta esencial precisar sus límites para bien o mal de nuestro desempeño personal.

No pocas arbitrariedades resultan de una desubicación en el contexto en que nos encontramos. Por ejemplo: Si bien es cierto que las palabras obscenas no suenan igual en todas las circunstancias, tampoco es justo que en plena instalación deportiva, donde convergen hombres y mujeres de todas las edades, tengan que oírse, sin el menor pudor, esas bárbaras y penetrantes interjecciones de la boca de jóvenes y adultos que a veces ni la abstracción más recia alcanza a esquivar.

Sin justificar a varones, la frase grosera resulta más dura aún si sale de una mujer a la que por su naturaleza femenina debían serle inherentes la elegancia y la delicadeza.

Falla la conciliación con el contexto cuando, olvidando elementales normas de educación formal, tratamos de “tú” a alguien que merece la distinción del “usted” por sus canas o por su preminencia; o cuando al encontramos a

un conocido en plena guagua, sin preocuparnos por regular el volumen de nuestra voz, le contamos de la Ceca a la Meca los últimos acontecimientos de nuestras vidas, incluyendo asuntos muy personales.

En la propia guagua u otro espacio público es común ver a una mujer dando el pecho a su bebé, y con ello ofreciendo uno de los más hermosos panoramas de la naturaleza; sin embargo, no siempre el gesto se hace acompañar del recato íntimo que debe resguardar la escena.

Tampoco tendría, por obviedad, que ser necesaria en un hospital la exhibición de un cartel que prohíbe la entrada a sus predios de personas vestidas con short y chancletas. Teniendo en cuenta que la apariencia personal es uno de los lenguajes extraverbales que emiten, desde la imagen, información sobre el individuo, ¿qué podría sugerir una muchacha que se dirige a una consulta médica —la cual requiere muchas veces del despojo de la vestimenta— si se presenta ante el especialista, sea este hombre o mujer, con uno de los llamados “hilos dentales” o con un escote en extremo provocativo?

Cada espacio condiciona el modo de comportarnos, de hablar y de desenvolvernos. Ni la más decente de las personas diría a su familia que están fumigando en la cuadra para combatir el “insecto díptero”, transmisor del dengue, ni le pediría de favor a uno de sus hijos que “extraiga” de la bodega todos los “productos normados” del mes, cuando mosquito y mandados son las palabras que mejor dicen en esa situación comunicativa.

Rotundamente descortés resulta el “tío” o “tía” con el que, acompañado muchas veces de guasa, se sienten interpeladas personas que han dejado atrás sus años mozos, pero que ni tienen parentesco alguno con el interlocutor ni merecen la provocación que lleva implícito el término.

No hablamos igual en nuestra casa, en el trabajo, en una reunión laboral o



en un congreso. Tampoco lo hacemos del mismo modo entre amigos, con nuestra familia, con un desconocido, con un niño o con un adulto. La lengua es una gran cantera para escoger de ella lo que más necesitamos según la ocasión comunicativa. ¿Por qué entonces tantos desencuentros entre los propósitos y los resultados? Con toda seguridad, una buena parte de esas adversidades se deben a una desestimación personal del terreno concreto en que están teniendo lugar y de lo cual cada uno es absolutamente responsable.

Sucede que no existe una segunda oportunidad para lograr una buena impresión y no pocas veces ese mágico impacto que esperamos ofrecer o recibir se frustra por desestimar, tanto al hablar como al desempeñarnos, los entornos que a fin de cuentas condicionan nuestras conductas.

No puede ser ajeno el valor del contexto, que salva o condena en nuestro andar cotidiano. Este espacio donde esencialmente somos, si bien nos exhorta a la constante cautela, también nos permite optar por modos y estilos. De nuestra elección depende que la vida nos sonría.

## Enriquecerse

*“(...) Tengo fe en el mejoramiento humano, en la utilidad de la virtud y en ti”*

José Martí

Lisandra Fariñas Acosta

Andan disfrazados de experiencia; disfrazados porque para estar vestidos con auténtica sabiduría tienen que aprender la principal virtud de los años. Andan distraídos, olvidando el ayer. No miran atrás, caminan sumergidos en la frivolidad de quien se siente superior, por encima de cualquier hombre hermano. No tienen amigos, no saben serlo.

Andan así los tacaños de espíritu por este mundo nuestro, sin haber aprendido la lección de humildad que impone la vida. Tratan de contaminar a otros con la bilis nauseabunda. No regalan ni la risa. Pero lo que los enloquece, lo que no aceptan ni a palos, es compartir lo vivido, el conocimiento acumulado. Se camuflan tras la pose de sabio, de profesor respetado, de jefe omnipotente y hasta logran engañar con tanta parafernalia. Esconden su mediocridad entre las canas y unos cuantos diplomas.

El egoísmo los carcome, y el alma se les vacía en cada pensamiento. Los he oído hablar de los jóvenes como si nunca ellos lo hubiesen sido. Prefieren decir que “la juventud de hoy está perdida”, antes que contribuir a dar cauce al río de tanta energía. Su lema: “los golpes enseñan”. Esos mismos tropezos que marcaron sus inicios; venganza silenciosa de no querer mostrar el camino.

Anda presuroso un joven por la vida. La irreverencia le sobra en cada paso. Su estilo es chocar con la piedra aunque sea la misma. Ávido de saber, experimentar, pero receloso al compartir y al escuchar. Todo consejo le parece gastado, obsoleto, fuera de moda, viejo. Crece con el alma retorcida de envidia. Cree que lo merece todo, desconoce el valor de sus mayores, no respeta, se arroga el derecho de desplazarlos. Combustible de rivalidad y competencia absurda, insensatez. ¿Cómo despreciar la experiencia desde la ignorancia? Futura alma pobre de sentimiento.

Hay un viejo que desde sus años lo alerta como un padre, como aquel que después de haber vivido tanto ya le sabe demasiado al mundo. Trata de allanarle el camino de caídas innecesarias; para nada volverle un inútil. Solo ofrecer el consejo oportuno que le permita llegar más lejos de lo que un día él mismo llegó. No lo siente como obligación, es instinto. Asume esta misión con la paciencia de quien acepta la cotidiana presencia de los jóvenes a su lado, convencido de que en esas nuevas manos late un futuro mejor.

Anda un joven juicioso y reflexivo. Impulsivo pero paciente a la vez. Destella energía en sus ojos. Tropezca, cae, pero acepta la mano amiga del abuelo, escucha la voz de los años, respeta tanta cana peinada. Y desde temprano aprende la lección más importante que impone la vida: ser humildes, ofrecer. Porque compararlo que se sabe enriquece.